

SANTA TERESA DE JESÚS A SUS DEVOTOS

Habr  llegado a tus oídos, hija mía, este nombre de la Compa a de santa Teresa de Jesús, y desear s oír de mis labios qué es esta Compa a, en qué consiste, toda vez que yo misma inspir  esta grande obra de celo, complemento de la Archicofrad a Teresiana y del Reba ito del Niño Jesús.

La Iglesia me llama nueva Débora, que después de vencer al mundo, demonio y carne, meditando hazañas más sublimes, y trascendiendo con mi ánimo la virtud de mi sexo, me ce i de fortaleza, robustec  mi brazo, y me puse al frente de un esforzado escuadrón de varones y mujeres ilustres que guerrean por la ley y causa del Dios de Sabaoth. Este escuadrón son mis hijos los Carmelitas.

Pero hoy que el mundo va desertando de las filas de Cristo, y le dejan solo, y toda la multitud sigue a Satanás, const ndome que las jóvenes españolas sois generosas y esforzadas, me propuse formar un ejercito aguerrido de todas las doncellas españolas que vivís en el mundo, para mover guerra a Satanás, renunciando sus obras y pompas, y para que viva y reine Cristo Jesús en vuestros corazones. Y este ejército sois vosotras, las que os llam is hijas de María y Teresa de Jesús.

Mas no bastaba esto a mi plan general de conquista. En todo ejército bien organizado, hija mía, hay siempre una compa a escogida o de preferencia, dispuesta a volar en primera línea al lugar del peligro para defender a su rey y su bandera. F rmanla la gente más esforzada y aguerrida, la que pretende distinguirse en el trabajo y en el premio, puesto que tiene por lema: O vencer o morir vendiendo cara la vida. Aquí tienes, hija mía, la razón de la Compa a que lleva mi nombre. De entre todas las teresianas más animosas voy escogiendo las mejor dispuestas para trabajar con todo ahínco, no sólo en la propia salvación y perfección con el favor de Dios, sino para celar al propio tiempo con sumo interés la mayor honra de Cristo Jesús, extendiendo el reinado de su conocimiento y amor por todo el mundo por medio del Apostolado de la oración, enseñanza y sacrificio.

Su petición única es ser las primeras en el mundo en conocerse y conocer a Jesús, amarle siempre y hacerle amar por todos los corazones con María, José y Teresa de Jesús.  Viva Jesús y muera el pecado! He ahí su divisa. Oración, enseñanza, celo por los intereses de Jesús, magnanimidad, sacrificio: he ahí las armas de su bandera.  Puede darse objeto mejor, ocupación más divina?

Mi Compa a aspira, hija mía, a ocupar el lugar preferente en el Corazón de Jesús y su Teresa. Mi Compa a es obra de celo que ya que no con voto, al menos con el deseo suspira por lo mejor, lo más santo, lo más perfecto, por todo lo que haya de dar mayor honra a Jesús y a su Teresa. Mi Compa a quiere gastar todo el caudal de sus bienes naturales y sobrenaturales en lo que haya de fomentar más y mejor los intereses de Jesús. Mi Compa a quiere regenerar el mundo, y en especial a nuestra España, educando a la mujer según el espíritu de su más distinguida hija Teresa de Jesús; porque formada la mujer según este modelo, todo se mejorara. Los hombres todos, hija mía, han sido siempre lo que han querido las mujeres... Educar un niño es educar un hombre; mas educar una mujer es educar una familia... Ya en mis días de fe trat  y procur  que mis hijas educasen jóvenes en la virtud, a pesar de ser cada casa como un templo por su religiosidad. Pero hoy que los padres son tan descuidados en la educación de sus hijos; hoy que se pretende desterrar a Cristo Jesús, Rey y Salvador del mundo, no sólo de la sociedad y de la familia, sino aún del individuo, secularizando la enseñanza, haciéndola atea, o cuando menos indiferente, la existencia de esta obra de celo es de suma necesidad.  Oh cuántas batallas se le esperan!  Cu ntas contradicciones y persecuciones!... Mas también,  cu ntos triunfos!  cu ntas victorias!  cu ntas coronas! Tengo para mí que, si es fiel a su vocación, ha de ser en estos últimos tiempos la Compa a que lleva mi nombre una de las obras de celo más perseguida y más honrada, porque ha de dar gran gloria a Dios.

Pondera la excelencia de esta mi obra de celo. De las obras de misericordia ha escogido la primera, que es enseñar al que no sabe... De las Religiones aprobadas por la Iglesia ha tomado oración y la acción que es lo más excelente, pues como enseña santo Tomás, es más perfecta la vida contemplativa que produce la activa, que no la vida simplemente contemplativa. A la manera que es más perfección iluminar a otros que brillar

simplemente, así también es más perfección enseñar, comunicar las cosas contempladas a otros que no contemplar simplemente. Por eso, añade el Santo, tienen el grado sumo o más excelente entre las Religiones las que están ordenadas a la oración y enseñanza. Además, la mejor Religión no es la más estrecha, dice el santo Doctor, ni de mayores austeridades, sino la que tiene las Reglas ordenadas al fin con mayor discreción, y entre estas está sin duda mi Compañía, donde se hace todo por amor de Jesús... Los medios que emplea esta obra de celo son los más suaves y eficaces para lograr su fin. Oración continua, silencio riguroso, obediencia extremada, humildad, magnanimidad, celo por los intereses de Jesús, estudio... He ahí lo que va formando el corazón de mis queridas hijas de la Compañía y las irá transformando en heroínas. Santidad y sabiduría, tomándome a mí por modelo: he aquí lo que las prepara para ejercer provechosamente su apostolado. La santidad sin la sabiduría es poco menos que inútil, según el sentir de los Doctores de la Iglesia: la sabiduría sin la santidad hace orgullosos o presumidos. Las dos cosas a la vez forman los grandes héroes del Cristianismo. La Compañía escoge, después de la oración, el apostolado de la enseñanza, por ser el que mejor favorece a la extensión del reinado del conocimiento y amor de Jesucristo. No deben ser mis hijas de la Compañía como las fuentes, que sólo riegan y fertilizan un limitado espacio de tierra, sino como las nubes, que después de haber fertilizado un punto, una comarca, pasan a otra para fecundizar con sus benéficas aguas. Deben imitar a su seráfica Madre, que era tildada de mujer inquieta, andariega y revoltosa por mirar la mayor honra de su esposo Jesús.

Esta nueva milicia femenil, como la apellida el actual Arzobispo de Valladolid, logrará mejor su fin valiéndose de mi intercesión, extendiendo mi devoción. Porque yo, hija mía, soy imán poderosísimo para atraer las almas al amor de mi Jesús. En vida llamábanme la Robadora de corazones, gran Baratona, Bullidora de negocios y Negociadora de los intereses de Cristo, la mujer que todo lo puede y la más agradecida del mundo. Con mis gracias, virtudes, ejemplos y celestiales escritos voy delante de las hijas de mi Compañía, les preparo el terreno a fin de que sea más fecundo su apostolado.

La misión de mis hijas es formar a Cristo Jesús en las inteligencias por medio de la instrucción; formar a Jesús en los corazones por medio de la educación, para calmar la sed ardorosa del Corazón agonizante de mi Jesús, salvándole el mayor número posible de almas. Por eso deben aspirar a ser almas reales, animas animosas, determinadas con gran determinación a ser las primeras en conocer y amar, en hacer conocer y amar a Jesús, María, José y su Teresa, y no cejar en esta nobilísima y divinísima empresa cueste lo que costare, murmure quien murmurare, trabájese lo que se trabajare, siquiera se llegue allá, más que se hunda el mundo... La magnanimidad, pues, y fortaleza cristiana debe ser su distintivo. No deben ser nada mujeres, ni padecerlo, sino tan varoniles que espanten a los hombres... ¿Qué dicen estas verdades a tu corazón, hija mía?... Al menos deseas, pides a Dios que te de este espíritu de celo y magnanimidad que yo tuve y exijo en mis predilectas hijas?... Nada te turbe, nada te espante... La paciencia todo lo alcanza... Solo Dios basta. Medita estas palabras... ¡Feliz tú si sabes acomodar tu conducta a ellas! No irás sola al cielo... miles de almas llevarás allá... ¡Cuánta gloria se te espera!... ¡Cuánto consuelo darás a Jesús!... ¡Cuánta honra a mí tú Madre!... ¡Cuánta rabia al infierno!... ¡Cuánta confusión al mundo!... Buen ánimo, hija mía, que Dios ayuda a los fuertes, y Jesús y su esposa Teresa son amigos de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí... Todo lo puedes en Dios que te conforta... No seas boba... no seas alma arrinconada y acorralada... sé varonil... Quien a Dios tiene nada le falta. Sólo Dios basta.

A LAS JÓVENES CATÓLICAS

Hermanas en Jesucristo: Una mujer hebrea obró en otro tiempo confusión en las huestes del rey Nabucodonosor; y más tarde otra mujer obró confusión en las del demonio. Y no contenta con ello asaltó el palacio del Rey de la gloria, y yo no sé con qué gracias, yo no sé con qué atractivos robele el corazón, y le obligó a morar en humilde choza, vestido a la usanza de la aldea, al igual del más pobre y humilde de sus vasallos. Ya conocéis que esta mujer esforzada es la sin par Virgen María, Madre de Dios y vencedora del infierno.

“Mas en tiempos posteriores obró el Señor gran salud en el pueblo católico por mano de una hija de María, porque suscitó como nueva Débora a la virgen Teresa de Jesús, la cual, después de haber triunfado con admirable victoria de su carne con su perpetua virginidad, del mundo con su humildad asombrosa, y del demonio y sus asechanzas con grandes y muchas virtudes, meditando en su espíritu hazañas más sublimes, trascendiendo con la grandeza de su ánimo la virtud de su sexo, se ciñó de fortaleza y robusteció su brazo para instituir y acaudillar los ejércitos de los fuertes que guerrean por la ley y causa del Dios de Sabaot.” (Gregorio XV, en la bula de su canonización).

Bajo, pues, la bandera de estas dos esforzadas heroínas os convida a militar el que os ama en Jesucristo y aspira a salvar la patria y el mundo, salvándoos a vosotras: Vosotras sois quienes debéis decidir y sentenciar sin apelación si la familia y el individuo, y por consiguiente si la sociedad entera, han de ser de Jesucristo, o de Lucifer; de Dios, o del demonio: si adorarán la virtud, o se abandonarán al vicio. Como sé que los pechos españoles son generosos y esforzados, y que bajo los delicados miembros del sexo débil late un corazón de fuego, capaz de grandes empresas, os propongo mi plan bajo la forma de batalla, pues a un ejército en orden es comparada María, bajo cuyos auspicios acaudilla Teresa el cerrado escuadrón de sus hijas las Carmelitas descalzas.

El objeto de mi Asociación es el mismo que nos propone la Iglesia al admitirnos en su gremio: renunciar a Satanás, a su obras y pompas, para hacer lugar al Espíritu Santo: echar de las almas a Lucifer, para que viva y reine en ellas Cristo Jesús.

No se trata de que entréis monjas, ni siquiera de cargaros con nuevas obligaciones o de imponeros duros sacrificios: no se trata sino de que seáis cristianas de veras, y de facilitaros los medios de serlo. Lo primero es un deber riguroso, imprescindible; los segundos los encontraréis en la Asociación a que se os llama. ¿Habrà alguna que no responda al llamamiento? No es posible, puesto que sois católicas y españolas. Además, en la Asociación de María y Teresa cada una de vosotras se encontrará en su propia casa. ¿Sois nobles y de ilustre cuna? María era hija de cien reyes, y Teresa de Jesús emparentaba con los nombres más ilustres de la tierra hidalga de Castilla. ¿Sois artesanas? María no se desdeñó de ser y llamarse esposa de un carpintero de Nazaret, y Teresa de Jesús hallaba sus delicias en confundirse con la gente del pueblo. ¿Sois labradoras? Ocupadas María y Teresa en los quehaceres domésticos y de la familia, no hacían sino lo que vosotras hacéis.

El mundo, hermanas mías en Jesucristo, va envejeciendo, y bajo el peso de sus pecados e ingratitudes se extingue la luz de la fe y ahógase la llama de la caridad. La decrepita Europa muere, helado su corazón del que podría creerse se retira el calor de la sangre de Cristo. Mas Dios nuestro Señor, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; Dios, que ha hecho sanables las naciones, ha dejado en su seno gérmenes de vida y restauración. Algunas brasas del fuego divino ocultas bajo la capa de ceniza que han amontonado nuestras culpas esperan que un solo poderoso las avive, que una mano pródiga acerque combustible para producir el fervor de mejores días.

¿Dónde está esa mano? ¿Dónde ese soplo? ¿Quién renovará esos carbones, que van apagándose, hasta arrancarles chispas que recorran la tierra y encender llamas que al cielo lleguen? Vosotras, hermanas,

asociadas bajo el glorioso y eficaz patronato de María y de Teresa: la imitación de las virtudes de ambas y los escritos de la segunda son los medios que han de obrar tamaña maravilla.

Y no es esta una exageración o una pretensión ridícula; no. Ningún corazón humano se acerca a María sin que sienta los ardores del suyo, cuyas ascuas ardientes y un volcán de llamas, según sentencia del Espíritu Santo. En cuanto a los escritos de Teresa, ¿quién los ha manejado nunca sin sentir el fuego de aquellas frases caldeadas por el que hierve en su pecho? “Es para mí una verdad, -dice un docto Arzobispo, en la dedicatoria al Sumo Pontífice, de la traducción italiana de las obras de la Santa,- es para mí una verdad que el Espíritu Santo ha inspirado su publicación en estos tiempos, para avivar la llama de la caridad extinguida en muchos y debilitada en otros.” Ahora bien, pasando por vuestras manos, hermanas, si me es lícito decirlo así; siendo vosotras, siendo la mujer católica el maravilloso conductor, es como ese fuego divino se comunicará al mundo. ¿Se ha visto nunca al mundo resistir la acción simpática, la ardorosa influencia de la mujer? Corazón de la familia, reina del hogar doméstico, dulce encanto de la sociedad y gloria de la religión; la mujer católica posee la virtud de asimilación, pero virtud sin límites e irresistible. El mundo ha sido siempre lo que le han hecho las mujeres. Y un mundo hecho por vosotras, formadas según el modelo de la Virgen María con las enseñanzas de Teresa; un mundo que, rendido a los pies de María, lea a Teresa, no podrá ser sino un mundo de Santos. Manos, pues, a la obra, que el tiempo urge y apremian las circunstancias.

En nuestros aciagos tiempos con más verdad que en los días de Teresa, Nuestro Señor está cercado de dolores, no puede ir a ninguna parte que no le atormenten y den heridas mortales; son muy pocos los vasallos que le han quedado, y mucha la multitud que acompaña a Lucifer, a quien sirven con lo que le da Dios, pues no tiene nada para sí ese maldito, sino mucha desventura. ¡Tan pobre es! Toman por amigo y compañero al demonio y siguen a tan infernal capitán: vuelven sus furias y fuerzas contra Jesús, nuestro Rey y Salvador. ¡Oh dureza de corazones humanos! ¿Qué es esto, Señor, que para todo somos cobardes, sino es para contra Vos? Aquí se emplean todas las fuerzas de los hijos de Adán. ¡Oh cristianos verdaderos! ¡Oh hermanas mías en Cristo! Tiempo es ya de defender a nuestro Rey y Señor, y acompañarle en tan gran soledad. Estase ardiendo el mundo; quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios: le querrían tornar ahora a la cruz estos traidores, y que no tuviese a donde reclinar la cabeza: quieren poner su Iglesia por el suelo: quieren acabar con todos sus ministros; y lo que peor es que se muestran amigos en lo público y véndenlo en lo secreto: casi no halla de quién se fiar.

A este fin hame parecido es menester, os diré con mayor razón que decía Teresa, como cuando los enemigos en tiempo de guerra han corrido toda la tierra y viéndose el señor de ella muy apretado, se recoge a una ciudad que hace muy bien fortalecer, y desde allí acaece algunas veces dar con los contrarios, y ser tales los que están en la ciudad como es gente escogida, que pueden más ellos a solas que muchos soldados, si eran cobardes, pudieran, y muchas veces se gana de esta manera victoria, a lo menos aunque no se gane no los vencen, porque, como no hay traidor, pueden morir, mas no quedar vencidos. Este castillo son los buenos cristianos, y los capitanes los sacerdotes y obispos, pues en esta empresa ha de valernos el brazo eclesiástico, y no el seglar. Pero me diréis: ¿Qué podemos hacer nosotras, débiles doncellas, para ayudar a la defensa de este castillo? –Todo lo podéis hacer. –¿Cómo? – Procurando ser tales que valgan vuestras oraciones para ayudar a estos siervos de Dios que con tantos trabajos se han fortalecido: orando por los Pastores de las almas, que son los que esfuerzan a la gente flaca y ponen ánimo en los pequeños, pues buenos quedarían los soldados sin capitanes que les guiasen a la victoria. Además, debéis ser predicadoras de obras; toda vez que el Apóstol y vuestra inhabilidad os quita lo seáis de palabras. Si en esto podéis algo con Dios, como podréis, aunque flacas doncellas, peleáis por él, y quizás vosotras alcanzaréis del cielo el buen éxito de esta empresa.

Oración, pues, y buenas obras con la imitación de las hermosas virtudes de María, alimentando vuestro espíritu con la celestial doctrina de Teresa. Estas son vuestras armas, y la Asociación el arsenal que las contiene abundantes y siempre a mano. Ved ahí donde os esperamos. En cuanto a la victoria, ésta es segura.

Venciéndoos a vosotras mismas obraréis vuestra santificación; y el Dios de paz, quebrantando y abatiendo a Satanás debajo de vuestros pies, os dará el mundo por trofeo, para que en él reine Jesucristo.

Que Teresa de Jesús os sostenga en vuestro camino, os aliente en la lucha y confirme en el amor de Dios. Que María inmaculada os acoja bajo su manto virginal y os preserve de las seducciones del siglo. Que el amor de Jesús forme las delicias de vuestras almas, llene vuestros corazones y reine en vosotras hasta que vosotras reinéis con Él, ceñidas vuestras sienes con la corona de gloria e inmortalidad reservada al mérito de las batallas que habréis sostenido contra sus enemigos, y del celo por la santificación y propagación de su santo nombre.

Tortosa, fiesta de la Transverberación del corazón de santa Teresa de Jesús, año 1873.

Enrique de Ossó.

Revista Teresiana 14, Noviembre 1873

DESDE LA SOLEDAD

Difícilmente se hallarán tiempos tan dificultosos como los presentes en toda la historia. Europa de muchos siglos no se ha visto abocada a cataclismos tan universales y horribles como los que nos amenazan. Rota ya por todos los Estados la cadena de oro que les unía con Dios, han dicho para sí: "Yo soy Dios. ¿Para qué ha de intervenir Dios en las cosas del mundo? Paséese por los palacios de su eternidad, y no considere nuestras cosas. Nosotros bastamos." ¡Ay! Olvidados están de aquella divina y profunda sentencia de la Santa de nuestro corazón que dice: "Sólo Dios basta;" y han pretendido bastarse ellos a sí mismos. Por eso no son estables. Pecaron; han erigido en sistema de gobierno el pecado, la iniquidad: se olvidaron de la ley de Dios, y cada uno se ha fabricado su dios, sus leyes y sus caprichos, que no son otros que la propia utilidad o conveniencia. Por eso no hay paz durable, ni tranquilidad, ni orden. No hay punto de apoyo fijo: por consiguiente es imposible que haya equilibrio estable. El punto de apoyo de toda sociedad es la justicia eterna de Dios revelada a los hombres en su Decálogo, y predicada y enseñada constantemente por su Iglesia. Solo este punto de apoyo es fijo, es estable, porque se funda en el mismo Dios y es eterno. Cualquier otro que se invente, cualquier otro que se pretenda sustituir a la justicia, producirá trastornos, porque no podrá mantener el equilibrio entre las fuerzas sociales. Cuantos más puntos de apoyo se excogiten fuera del único verdadero, más vaivenes y choques habrá en el mundo. Y esto explica el malestar actual. Está el mundo fuera de su centro, en equilibrio inestable. Puede cualquier movimiento o impulso hacerlo perder; pero no puede volver a recuperarlo sin una fuerza sobrehumana. ¿Y qué hay que pueda dar esta fuerza?. La oración, y sólo la oración. El hombre se apartó de Dios por el orgullo diciendo: Yo sólo me basto. Debe, pues, volver a Dios reconociendo y confesando su impotencia, pidiendo auxilio a quien solo es altísimo y omnipotente. Sólo Dios basta, debe repetir con el corazón y con la boca, y confesando esta verdad pedir a Dios le alargue la mano de su poder infinito. Entonces recuperará el mundo la paz verdadera, porque se apoyará en Dios omnipotente: los otros apoyos son palillos de romero seco, que al apoyarse en ellos se rompen y lastiman al que en ellos confió, como dice la seráfica virgen Teresa.

Oremos, pues, para que el Señor sane las naciones. Oremos para que aleje las nubes de males que nos amenazan. Oremos y trabajemos. Campo inmenso para orar y trabajar nos ofrece la Hermandad Teresiana universal, que tal vez es la última tabla que Dios echa en el mar borrascoso de este siglo para salvarlo. Felices los que asidos a ella irán surcando el mar de la vida. El puerto que les espera será la eternidad feliz para cantar las misericordias del Señor.

Allí nos veamos todos los amantes teresianos después de haber orado y trabajado por extender el reinado social de Jesucristo, como os lo desea vuestro hermano y siervo,

El Solitario.

Revista Teresiana 67, Abril 1878